



LAS «BIBLIOTECAS»
DE EGUIARA Y DE BERISTAIN.

[DISCURSO LEIDO EN LA ACADEMIA MEXICANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA].

SEÑORES ACADÉMICOS:

UNA promesa solemne, hecha en la introducción de nuestras MEMORIAS, nos pone á todos en obligación de emprender estudios parciales que algún día sirvan para escribir la Historia de la Literatura Mexicana: obra grande, que la Academia Española ha declarado caer bien en el campo de nuestras labores. Tenemos ya entre nosotros quien haya contribuido por su parte, y muy liberalmente, al desempeño de la obligación contraída: todos hemos leído y celebrado el precioso trabajo en que nuestro estimado amigo y colega el Sr. Roa Bárcena ha sacado de la oscuridad la vida

de nuestro insigne dramático Gorostiza, y hecho el análisis de sus obras. Nos cabe, sin embargo, el sentimiento de que, por razones particulares, no se honren también las MEMORIAS con la biografía del inolvidable poeta y controversista D. José Joaquín Pesado, que debemos á la pluma del mismo académico: bien que, ya impresa, puede el público aprovechar sus útiles enseñamientos.

No es tan alto el asunto con que ahora pretendo ocupar vuestra atención. Intento únicamente traer á vuestra memoria los trabajos de dos beneméritos mexicanos que preservaron del olvido los nombres de nuestros escritores, y allanaron así una buena parte del camino que nosotros debemos recorrer.

Tarea vana emprendería el que quisiera escribir la Historia de una Literatura, sin hacer ántes profundo estudio de las obras que la forman; pero ya se advierte que á todo debe preceder el conocimiento de cuáles son esas mismas obras, quiénes sus autores, en qué tiempos y en qué circunstancias escribieron. Por eso se ha dado siempre honroso lugar en la estimación de los sabios á las *Bibliotecas* ó Catálogos de Escritores. Todas las naciones han procurado formar las suyas, ora generales, ora particulares de alguna provincia ó ciudad. Las

universidades, los colegios, las órdenes religiosas, han hecho también diligencia para conservar la memoria de los escritores que les pertenecieron. Otros han preferido seguir su propia inclinación y reducirse á autores de épocas determinadas ó de materias predilectas. Y no son, á fe, estos trabajos parciales los ménos útiles, porque en las letras la extensión es enemiga de la profundidad, y no es dado á hombre alguno abarcar un campo tan vasto como el de una *Biblioteca Nacional*, si no es aprovechando los trabajos de otros que, por haber recogido su vista á menor espacio, han podido examinarle con mayor cuidado y registrar hasta sus últimos rincones.

Muchas causas contribuyeron á que se retardase entre nosotros la aparición de una *Biblioteca*. El antiguo pueblo que ocupaba este suelo no conocía las letras, y con eso está dicho que no podía tener escritores ni literatura. Su imperfectísimo sistema de representar los objetos é ideas, tenía que limitarse á satisfacer, hasta donde podía, las necesidades más urgentes de la sociedad, sin aspirar á otra cosa. Así es que no se empleaba sino en registrar los tributos de los pueblos, en señalar los límites de las heredades, en recordar las ceremonias de la religión, y en contribuir á conservar la me-

moria de los sucesos más notables, que áun con ese auxilio habría perecido, á no perpetuarse en las tradiciones recogidas por los primeros predicadores del Evangelio. Los indígenas comenzaron á ser escritores cuando la conquista puso en sus manos el alfabeto. Entónces se dieron algunos á la composición de anales y memorias históricas, único género en que ejercitaron su pluma, y no con gran brillo ni exactitud. Si otras ciencias entraban en la civilización azteca, no hubo en la raza quien nos trasmitiera de un modo satisfactorio los conocimientos de sus antepasados.

Por consecuencia de la conquista se formó presto una nueva generación, ya puramente española, ya mezclada, que se hizo notable por la agudeza de ingenio, la maravillosa aptitud para recibir enseñanza, y la precocidad de las facultades intelectuales. No pocos testigos imparciales nos han dejado expreso testimonio de ello. Con ese elemento robustecido por los españoles que continuamente venían á esta tierra, y entre los cuales no faltaban claros ingenios y maestros consumados, en breve se desarrolló el movimiento literario, y á poco más de mediado el siglo se escribían en México obras de ciencias sagradas y filosóficas que, como las de Fr. Alonso de la Veracruz y

Fr. Bartolomé de Ledesma, alcanzaron la distinción de ser reimpresas en España. Aquella fué también la época de los asombrosos trabajos filológicos de los religiosos, y de las crónicas y relaciones históricas, unas escritas por los indígenas, y otras, las más preciosas, por los mismos misioneros.

Al comenzar el siglo XVII había ya, sin duda, materiales bastantes para echar los cimientos de un Catálogo de Escritores, y ojalá que álguien se hubiera acordado de hacernos tan inestimable servicio; pero el trabajo paciente y opaco de un autor de *Biblioteca* se avenía mal con la índole de nuestro ingenio, más inclinado siempre de suyo al brillo y gala de la poesía, ó en otro tiempo, á las agudas investigaciones metafísicas, que á los estudios lentos y acompasados del bibliógrafo. En esto, como en todo, llevaron la palma los misioneros: ellos nos dejaron mención especial de muchos escritores de su hábito que ilustraron estas regiones, y cuya memoria habría perecido si faltara esa piadosa solicitud de sus hermanos.

Hácia aquellos tiempos (1629), un limeño publicaba en España el primer ensayo de una *Biblioteca* especial de América. Su obra *Epítome* de otra más grande, que existió, pero que nunca ha llegado á encontrarse, abraza en breves páginas lo que á nosotros

toca y mucho más, porque es *Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*. Ya con saber esto es de considerarse cuán reducido papel harémos allí; pero así y todo, debemos agradecer á Pinelo un trabajo que abrió camino á otros, y que contiene noticias de no escasa importancia. En el mismo siglo escribía el gran D. Nicolás Antonio su asombrosa *Bibliotheca Hispana*, en que hay tanto nuestro; y al principiar el segundo tercio del siguiente (1737), el infatigable colector y editor D. Andrés González de Barcia, que fué hallado digno de ocupar un asiento entre los fundadores de la Real Academia Española, tomó el *Epítome* de Leon Pinelo, y sin mudarle título ni nombre, le convirtió en tres volúmenes de á folio. A tener Barcia tanta curia como erudición y amor al trabajo, nos habría legado una obra inestimable; pero aquel océano de títulos y fechas hierve en escollos de erratas y trastrueques.

Aunque muchos materiales estaban ya coleccionados, no contábamos todavía con una obra destinada á tratar exclusivamente de los escritores de México, y que diera noticia de sus vidas, al par que de sus obras: las *Bibliotecas* de Pinelo y de Barcia omiten totalmente la parte biográfica, y no son más que descarnados catálogos de libros y

manuscritos. Fué preciso que una injuria gratuita viniera á lastimar los ingenios mexicanos, para que se resolvieran por fin á reunir en un cuerpo y presentar al mundo el inventario de nuestras obras literarias.

D. Gregorio Mayans y Ciscar publicó en Madrid, el año de 1735, una colección de *Cartas Latinas* del erudito dean de Alicante D. Manuel Martí. En una de ellas (la 16.^a del libro 7.^o) dirigida al jóven Antonio Carrillo, el dean, en quien la erudición clásica no excluía una completa ignorancia del estado intelectual de los dominios de su propia nación, se propuso persuadir á Carrillo que fuese á hacer sus estudios en Roma, y abandonase su intento de trasladarse á México. Con tal ocasión le pregunta, qué fin podía llevarle á México, vasto desierto literario, donde no hallaría maestros ni discípulos, ni quien estudiase, ó á lo menos quisiera estudiar, porque todos aborrecían las letras. «¿Qué libros registrarás?» exclama: «¿qué bibliotecas frecuentarás? Buscar algo de esto allá, es perder el tiempo: déjate de niñerías, y encamínate adonde puedas cultivar la inteligencia, ganar honestamente la vida y alcanzar nuevos honores. En Roma, en Roma, es donde hallarás todo esto.»

Maltrataba el dean, no solamente á Méxi-

co, sino tambien á España, que, á ser exacto tal cuadro, debía cargar con la responsabilidad de haber dejado tanto tiempo en tinieblas la mejor de sus colonias. Allá no lastimó á nadie, que sepamos, la violenta diatriba de Martí, acaso porque consonaba con las ideas generalmente recibidas; pero aquí hirió profundamente el corazón patriótico de un eclesiástico ilustre, que se propuso desmentir al ligero y atrevido escritor. Notemos, de paso, por cuán extraños caminos debieron España y México al dean Martí sus primeras *Bibliotecas*: allá sacó á luz, por orden del Cardenal Aguirre, la de D. Nicolás Antonio: aquí, con sus *Epístolas*, provocó una réplica que nos valió la obra que vamos á examinar.

D. Juan José de Eguiara y Egúren, nacido en esta ciudad de México, á fines del siglo XVII, fué quien, apenas leída la carta de Martí, resolvió escribir una *Biblioteca Mexicana*, para probar, con las vidas y obras de tantos escritores, cuán infundada era la censura del dean. Quería tambien evitar que la calumnia se propagase, si corría sin contradicción de los más agraviados, pues aunque confiaba en que la verían con desprecio los varones verdaderamente sabios de todas las naciones, temía con justicia que la creyeran otros, dados como Martí á

la erudición antigua, y faltos de noticias de tiempos posteriores. Movido de propio impulso, instado por sus amigos, sin acordarse de su edad ya madura, ni de sus achaques, y poniendo su confianza en Dios, como él dice, no perdió momento en dar principio á su obra. No era desigual el mérito de Eguiara á la tarea que tomaba sobre sí. Tenía hechos buenos estudios como colegial real de San Ildefonso, y era ó había sido Doctor, Rector, Catedrático de Prima y Cancelario de la Universidad, Calificador del Santo Oficio, Teólogo consultor de los Sres. Arzobispos, Capellan mayor de las Religiosas Capuchinas, Canónigo Magistral y Dignidad de Maestrescuelas en el Cabil-do de México. Pasaba por sujeto de vastísima literatura: teólogo, canonista, jurisculto, filósofo, orador y matemático. Recibió el colmo de los honores con la elección para obispo de Yucatán, cuya mitra renunció por falta de salud, y para dedicarse á la formación de su *Biblioteca*. Sabedor el rey Fernando VI de que la escribía, le admitió la renuncia del obispado para dejarle libre, y le animó á proseguir en su empresa. Fuera de su obra principal, imprimió Eguiara muchos sermones, varios opúsculos latinos y castellanos, y el tomo I de los tres en que dividió unas *Disertacio-*

nes escogidas de Teología Escolástica, en latin: los otros dos quedaron manuscritos, lo mismo que catorce tomos de materias teológicas y jurídicas, veinte de sermones y pláticas, y dos de opúsculos latinos de bellas letras. Alcanzó en gran dosis á Eguiara el contagio del mal gusto literario de la época, y gongorizaba terriblemente, tanto en latin como en castellano. Solo aquella depravada escuela pudo haberle inspirado el estrafalario título de «El ladrón más diestro del espíritu religioso,» que puso á un panegírico de San Felipe Neri, de quien era particular devoto.

Nosufrióla impaciencia de Eguiara aguardar á que la *Biblioteca* estuviera concluida, para disponer la impresión, y cuando tuvo completo el primer tomo, le envió á la prensa. Mas no como quiera, sino que comenzó con tales bríos, que tenía ya preparada al efecto en su casa una imprenta rica, nueva, costosa y pulida, como dice un contemporáneo, mandada traer de Europa el año de 1753, en compañía con su hermano D. Manuel, también hombre de letras, que fué Doctor y Rector de la Universidad, y cura de la Parroquia de la Santa Veracruz. Aunque la imprenta vino destinada á la edición de la *Biblioteca*, como se expresa en la portada de esta (*Ex novâ Typographiâ in Ædi-*

bus Authoris editioni ejusdem Bibliothecæ destinatâ), se imprimieron allí otras muchas obras, que se distinguen por su limpieza y corrección.

Dos años despues, en 1755, salía por fin de aquellas prensas un grueso tomo en folio, primero y único de la *Biblioteca*. No faltó al autor constancia para proseguir y acabar su grande obra: lo que le faltó fué vida, porque el Señor le llamó á sí el 29 de Enero de 1763. Hiciéronsele solemnes exequias, y las comunidades religiosas y cuerpos literarios le dedicaron grandes elogios, en que manifestaron lo mucho que estimaban las letras y virtudes del benemérito doctor. Quedó manuscrita la continuación de la *Biblioteca* hasta una parte de la letra J, y hemos vista esa continuacion en poder de un particular.

La obra está escrita en latin, conforme al uso de la época y al objeto que se proponía el autor. El tomo impreso comprende las letras A, B, C, de los nombres de los escritores. No creyó Eguiara que la *Biblioteca* sola bastaba, y le puso al frente una especie de prólogo, dividido en 20 párrafos ó capítulos, que él llama *Anteloquia*, en que da razón de la obra, refuta al dean Martí y á otros que escribieron cosas semejantes, y bosqueja el cuadro de la cultura mexicana.

na, tomándola desde los tiempos antiguos. Beristain cree que los *Anteloquios*, sin la *Biblioteca*, acaso habrían merecido en Europa más concepto al autor. Distantes estamos de adoptar esa opinión. Los *Anteloquios* no carecen, en verdad, de mérito, y demuestran vasta erudición en quien los escribió: contienen datos importantes, y pueden consultarse con fruto; pero cansa é infunde desconfianza el tono exagerado de panegírico que reina en ellos, á veces con algún menoscabo de los fueros de la verdad. Este defecto de los *Anteloquios* se extiende á la *Biblioteca*. Si debemos agradecer á Martí que con su ex-temporáneo disparo despertara á nuestros literatos, no podemos ménos de sentir que la composición de la primera *Biblioteca Mexicana* surgiera de la exaltación del sentimiento patriótico. El virulento ataque produce siempre destemplada réplica; la Verdad se vela, la imparcialidad huye, y queda la pasión para guiar la pluma. ¿Y cuál escrito dictado por la pasión ha alcanzado jamás su objeto? Eguiara no pudo contenerse, y en vez de una exposición razonada y sobria, nos dió una defensa apasionada. No le culpamos por haber escrito con extensión las vidas de los escritores, ni por haber admitido muchos cuyas obras son de poca monta, ni porque su trabajo es in-

completo: de estos cargos se defendió ya él mismo anticipadamente en sus *Anteloquios*; pero querríamos más crítica y ménos elogios, porque cuando estos se tributan indistintamente llegan á perder todo su valor.

El idioma en que la *Biblioteca* está escrita la inutiliza hoy para muchos. Estar colocados los escritores por los nombres de bautismo, mucho ménos conocidos que los apellidos, dificulta las consultas; pero es probable que si la obra hubiera llegado á término, ese defecto se atenuara por medio de Tablas, como se hizo en la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio, que siguió igual sistema. Lo que no alcanzaba remedio es la deplorable determinación de traducir al latin todos los títulos de las obras, con lo cual se desfiguraron por completo. ¿Quién que no esté algo versado en nuestra literatura, ha de conocer, por ejemplo, la *Grandeza Mexicana* bajo el disfraz de *Magnalia Mexicea Baccalauri Bernardi de Balbuena*? Lejos estaba, por cierto. Eguiara de los escrúpulos de la bibliografía moderna, que no sufre el menor cambio en los títulos, y aun se empeña en representarlos con su propia fisonomía por medio de copias en facsímile.

A cambio de estos defectos ofrece la *Biblioteca* de Eguiara una ventaja inestimable, cual es la de señalar con puntualidad

en cada artículo las fuentes de sus noticias. Así puede el lector ampliar su conocimiento del sugeto, cerciorarse por sí propio de la exactitud del extracto, y aprovechar lo que el bibliotecario no juzgó conducente á su propósito. En suma, la *Biblioteca* de Eguiara es un libro útil, que corre todavía con bastante estimación, y es lástima que no esté concluida, ó á lo ménos impresa hasta donde la llevó su autor. Digno es este de toda nuestra gratitud, y de que su memoria viva unida á la de los sabios que volvieron por la honra de su patria, y le consagraron sus fuerzas en las pacíficas pero penosas tareas de la literatura.

Casi medio siglo trascurrió sin que nadie viniera á concluir con mano piadosa, el monumento comenzado por Eguiara. Llegó al fin su obra á poder de un jóven estudiante poblano, trasladado á Valencia por el Illmo. Sr. Obispo Fabian y Fuero, cuando trocó la mitra de Puebla por la de aquel Arzobispado. Ese estudiante era D. José Mariano Beristain de Souza, que luego fué doctor, y dean de la Iglesia Metropolitana de México. En Valencia leyó por primera vez el tomo de Eguiara, y creyendo que la obra estaba completa, dióse á buscar los otros, hasta que D. Gregorio Mayans le desengañó de que no había más, ni aun estaba con-

cluido el manuscrito. En aquel punto formó Beristain la resolución de proseguir hasta el fin aquel importante trabajo; pero no pudo llevar á efecto su propósito hasta el año de 1794, en que de regreso ya en México, despues de haber hecho segundo viaje á Europa, y tomada posesión de una canongía con que le agració el rey, tuvo ya tiempo y medios para dedicarse á la composición de su obra. Varió entónces de plan, y en vez de concluir lo que Eguiara dejó comenzado, prefirió hacer nueva *Biblioteca*, redactándola en castellano, para común utilidad. Veinte años gastó en escribirla, y ántes de acabarla sobrevino el levantamiento de 1810. Entónces se renovaron con creces las declamaciones contra la tiranía de la dominación española, y Beristain, partidario acérrimo del gobierno, encontró nuevo motivo para apresurar la conclusión de una obra destinada, no ya á refutar las acusaciones de un sabio, conocidas de pocos, sino la vocería de un partido que creía ganar derecho con declarar inculta y bárbara la nación entera.

En 1817 salió á luz el tomo primero; mas parece que la muerte se complacía en arrebatár á los que se consagraban á esa ocupación. El 23 de Marzo del mismo año había bajado al sepulcro Beristain, cuando apé-

nas llegaba la impresión á la pág. 184 de aquel tomo. Afortunadamente el manuscrito estaba completo, y un sobrino del autor, llamado D. José Rafael Enriquez Trespalacios Beristain, continuó la impresión hasta el fin del alfabeto; mas no con toda su voluntad, sino porque la obra se publicaba por cuadernos, y los suscritores exigieron que no quedase trunca. Si esa circunstancia nos produjo el gran bien de que la impresión se acabara el año de 1821, no fué sino á costa de dos menoscabos sensibles. El uno, que el editor dejara sin imprimir los *Anónimos* y los *Indices*, que por no ser parte de la serie alfabética, podían omitirse sin que se echara de ver. El otro, que se redujera la tirada de los dos tomos siguientes al número de ejemplares estrictamente necesario para satisfacer á los suscritores, de lo que ha venido á resultar tal escasez de juegos completos de la obra, que ni aun proponiéndose adquirirlos á toda costa se hallan, si no es aguardando á veces años enteros. Pero la Academia ha logrado la inesperada fortuna de colocar uno en su biblioteca.

Beristain aprovechó, como era natural, los trabajos de Eguiara, y él mismo confiesa que nunca habría entrado en la empresa, si aquel no le hubiera abierto la puerta y mostrádole el derrotero. Pero añadió tanto,

que en sus manos los mil escritores de su predecesor se convirtieron en cerca de cuatro mil. Contemplemos aquí, Señores, cuántos trabajos, cuántas vigiliass costaría á nuestro benemérito dean el descubrir, comparar y poner en órden los infinitos datos encerrados en esos millares de biografías: qué perseverancia hubo menester para buscar y examinar tantas obras: qué suma de conocimientos para formar juicio de muchas. Y todo sin otro incentivo que el amor de la patria, y el deseo de disipar errores. Conservemos, pues, Señores, con veneración la memoria del que dió vida á tantos escritores, gloria á su patria, y ejemplo á todos digno de imitación.

Mas no es esto incompatible con la tarea ingrata de señalar los defectos que se descubren en su obra. Esa tarea será fructuosa, si no nos dejamos conducir por espíritu de detracción, y no manchará la fama de quien tan clara la merece. Las obras de elocuencia ó de poesía pueden salir de las meditaciones de un grande ingenio tan perfectas, que permanezcan siempre intactas como modelos inimitables. Pero los trabajos de investigación, biográficos, históricos ó bibliográficos, están condenados, por su propia naturaleza, á ser sustituidos con otros mejores, y á esa suerte inevitable tienen

que resignarse quienes los emprenden. El tiempo, que oculta y descubre todo, nos ofrece cada día nuevos documentos; y las continuas investigaciones de los estudiosos van poniendo en claro los puntos llenos ántes de oscuridad. Más de sesenta años hace que la *Biblioteca* de Beristain está concluida; y en tan largo período, ¡cuánto no ha salido á luz para disipar dudas, llenar vacíos y destruir aserciones que parecían fundadas! ¿Culpa fué de Beristain no haber conocido todo eso? ¿Valdrá ménos su libro porque haya en él yerros inseparables de lo humano, ó porque ahora sepamos algo más que entónces? Y qué, ¿no ignoraríamos también hoy algo y mucho, á no habérselo él conservado? El que quiera conocer el mérito de la obra de Beristain, póngase á corregirla.

El defecto principal de que adolece es la libertad que el autor se tomó de alterar, compendiar y reconstruir los títulos de las obras, hasta haber quedado algunos inconocibles; nada más fácil así que confundir obras y autores, ó duplicarlos. Eguiara tradujo, es verdad, todos los títulos al latín; pero á lo ménos el lector sabe ya que no conoce el verdadero nombre de las obras, y á falta de otra mejor, toma aquella mala moneda por lo que pueda valer; mientras que en Beris-

tain cree tener lo que en realidad no tiene. En el primer caso está mal servido; pero en el segundo engañado. Tal vez procedió así Beristain en muchos casos, por la desmesurada largueza y estrambótica redacción de los títulos de una gran parte de los sermones y opúsculos que registró: tales á veces que no dan idea del contenido; mas no reflexionó que esos títulos extravagantes forman parte de la historia literaria, y pudo haberlos conservado, añadiéndoles una declaración de lo que quisieron significar.

Critica Beristain al Dr. Eguiara porque «su estilo es hinchado, y su método muy difuso y se detiene en largos pormenores de las virtudes privadas de muchos que al cabo no escribieron sino un *Curso de Artes* ó unos *Sermones*.» La censura es justa hasta cierto punto; pero aunque Beristain «se dispuso á apartarse en lo posible de ese defecto», no siempre lo consiguió, como es fácil de conocer recorriendo la *Biblioteca Hispano-Americana*.

Fué por lo común desgraciado Beristain en la elección de los pasajes que copió en su *Biblioteca*, y son generalmente elogios de los autores. Insertar fragmentos de prosa ó verso es casi una señal de aprobación; mas no contento con eso, aprobó expresamente Beristain algunos que lo merecen

bien poco, dando así no muy alta idea de su gusto literario. En el estilo no faltaría tampoco que corregir, con sólo desechar las metáforas violentas y aún ridículas de que solía usar, como aquella del artículo del Dr. Torres, en que por no expresar sencillamente que el doctor renunció varios obispados, dijo *que huyó la cabeza* á diferentes mitras con que *le amenazaron* desde Madrid los apreciadores de su mérito.

Sirve, con todo, de grande atenuación á los defectos de la *Biblioteca* la circunstancia de ser una obra póstuma. No se olvide que al autor sólo le alcanzó la vida para revisar unos cuantos pliegos de la edición. Todo aquel que haya impreso algo sabe que la última mano se queda para las pruebas, y este beneficio faltó al libro de Beristain. De seguro que él no habría dejado fecha en blanco, ni erratas de imprenta, ni artículos trancos ó duplicados. Méenos habría permitido omitir un complemento tan importante como los *Anónimos* y los *Indices*. Mas ya deseo, Señores, dejar este penoso oficio de crítico, y prefiero emplear en hablaros de otra cosa, el tiempo que aún me concede vuestra benévola atención.

Tan notoria ha sido la necesidad de corregir y vulgarizar la *Biblioteca* de Beristain, que ya desde 1827, el Dr. D. Félix Oso-

res, que ocupó elevados puestos en la Iglesia Mexicana, redactó unas adiciones manuscritas, que tengo, aunque valen bien poco. En Octubre de 1842 se publicó el anuncio de una nueva edición de la obra, que nunca tuvo efecto. Parece que se encargaba de dirigirla el Pbro. D. Juan Evangelista Guadalajara, y años después tuve á la vista el ejemplar de su uso, *plagado* de notas y apostillas. No sé si el editor habría hecho algo más por separado; pero si las mejoras de la impresión se reducían á lo que yo ví, es de celebrarse que no se llevara á cabo.

En 1863, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística llegó á acordar que se reimprimiera la *Biblioteca*. Si es pecado impedir que una obra de mérito salga en edición pobre y mendosa, confieso que le cometí, porque unas observaciones que presenté á la Sociedad acerca de la proyectada reimpresión, la hicieron desistir de ella. Obré así porque siempre he creído que siendo tan difíciles entre nosotros ciertas impresiones, cuando se desempeñan mal hacen más daño que provecho. Una edición viciada induce á errores, y hace casi imposible la publicación de una buena. Alguno podrá animarse á imprimir un manuscrito inédito, y aun á reproducir un libro antiguo ó raro; pero es imposible encontrar quien

quiera repetir una edición, sólo por darla más correcta. Los términos en que la Sociedad dispuso la publicación de la *Biblioteca*, y el conocimiento del poco esmero de la imprenta que debía ejecutarla, me hicieron temer un desastre literario.

Todavía tres años después unos editores respetables y bien conocidos (Andrade y Escalante) concibieron el proyecto de la reimpresión, y aun tiraron los primeros pliegos; pero los graves acontecimientos políticos que sobrevinieron en 1867 los obligaron á abandonar la empresa y áun el país. Por último, no há mucho que un librero de Lóndres (Trübner) quiso darnos también el Beristain, y desistió asimismo de su idea.

Jamás he podido ver, Señores, delante de mí la *Biblioteca* de Beristain, como ahora la estoy viendo desde aquí, sin lamentar que en tan largo tiempo, si bien hubo quien pensara en reimprimirla, nadie conociera que ese servicio á nuestra literatura quedaba muy corto, si no se corregía y completaba la obra que se quería revivir. Nadie ha querido emplear de veras en ella sus fuerzas y sus vigilias. ¿Tan desagradccidos somos? ¿Tan indiferentes á las glorias patrias? ¡Han sobrado prensas para inundarnos de escritos necios, frívolos é impíos, y no las ha habido en sesenta años para repetir mejorada

la edición de una obra capital que ya no se encuentra! ¿Qué tarea más noble para la Academia Mexicana? ¿Cuál más propia de su instituto? ¿Agotarémos nuestras pocas fuerzas en lo que otros podrán hacer, y no reservarémos algunas para lo que nadie hará, si nosotros no lo hacemos? ¿Podrémos emprender la historia de nuestra literatura, si no comenzamos por saber de quiénes deberémos hablar? ¿Y acaso en esas biografías de escritores, junto con la noticia de sus obras, no quedaría hecha ya una principal parte de la historia, y áun tanta, que pudiera suplir por la Historia misma? Entremos, Señores, con ánimo firme en la gloriosa empresa; que si ella es superior á las fuerzas de un hombre, no lo será á las vuestras reunidas.

Para aliviarnos la penosa jornada han comenzado algunos á trillar la senda: quiénes con adiciones y correcciones al mismo Beristain; quiénes con estudios especiales de ciertos escritores. Entre aquellos merece el lugar más distinguido nuestro finado colega el Sr. D. José F. Ramírez, quien con su profundo conocimiento de nuestra historia, su inmensa lectura y su incansable laboriosidad, apénas dejó materia mexicana en que no ejercitase su pluma, aunque por su nímio afan de apurarlo todo, sean comparativa-

mente escasos los frutos de su erudición. El nos dejó un ejemplar de la *Biblioteca* corregido en muchos lugares, y un extenso suplemento cuya copia guardo como valioso tesoro.

También yo, Señores Académicos, con pena lo confieso, soñé un tiempo en alzarme con la gloria de ampliar los cimientos de nuestro Catálogo de Escritores; pero no tardé en abrir los ojos y advertir que mi buena voluntad excedía en mucho á mis medios. Dejé la empresa, sin olvidarla, y juzgué que no perdía mis horas libres si me dedicaba á cargar, poco á poco, los títulos del autor, mediante el cotejo con los libros que lograba yo haber á las manos. Así lentamente he rectificado muchos, he añadido otros que faltaban, y he corregido de paso erratas é inexactitudes en varias biografías: saqué además copia de los *Anónimos* de Beristain, y de las importantes anotaciones del Sr. Ramírez: aun me he atrevido á formar de nuevo ciertos artículos, de los cuales he publicado algunos. Convencido de la imposibilidad de hacer cuanto me proponía, he venido á fijarme en estudiar nuestros escritores del siglo XVI; estudio que tengo algo adelantado, y del cual habeis tenido la bondad de escuchar unos fragmentos. Todo ello, y cuanto pueda trabajar más ade-

lante, será de la Academia, si quiere emprender la grande obra á que la invito.

Vasto es el campo que ella nos ofrece, pero grave también, no hay que disimularlo, la carga que echarémos sobre nuestros hombros. Tenemos que completar el catálogo de escritores de la época que alcanzó Beristain, y que añadir los que florecieron después. Para ello habrémos de sacudir el polvo de los archivos, consultar manuscritos raros, registrar nuestras antiguas crónicas, aprovechar documentos oficiales, recorrer colecciones voluminosas, hojear periódicos fastidiosos, leer difusos catálogos, pedir noticias, oír tradiciones, escudriñar todo y aprovecharlo todo. El gran movimiento que hoy se nota en los estudios americanos nos presta sin duda materiales inestimables; mas también ensancha de tal modo los límites de nuestras investigaciones, que correríamos peligro de ser vencidos por el desaliento, á no conocer el largo premio reservado á nuestros afanes. Y no podemos, Señores, quedarnos dentro de nuestra patria actual, sino que algo habrémos de introducirnos en la que fué patria comun durante tres siglos. ¿Cómo osaríamos negar la entrada en nuestra *Biblioteca* á los españoles insignes que fueron nuestros maestros, hablaron la misma lengua,

gastaron aquí su vida, nos beneficiaron con sus hechos, y nos ilustraron con sus escritos? ¿Cómo negarla á los que, separados ya hija y madre, vivieron y murieron entre nosotros? No hay lugar en ánimos generosos para tan mezquino pensamiento: no habríamos de ofender así la memoria de nuestro primer Director, y la amistad que á todos nos enlaza con dos ilustres miembros de esta Academia. A España, que nos cedió sus sabios, y con ellos una parte de sus glorias literarias; á España, que los perdió de vista, y acaso ignora cómo sostuvieron su alto nombre en lejanas tierras, estamos obligados á dar cuenta de lo que hicieron aquí, para que se complazca en ver cómo no fué estéril su generosidad, y cómo es bendita entre sus hijos la memoria *de los padres de ayer, de los hermanos de hoy*.

Pero ¿cómo procederemos con acierto? Trazándonos un plan sóbrio y hacedero, repartiendo los trabajos conforme á la inclinación de cada uno, y confiándolos después á una mano hábil y experimentada, para que les dé armonía, y no haya encuentro de opiniones ni desproporción en los artículos; porque todos propendemos á demorar en lo que atañe á nuestros estudios favoritos, y á abreviar injustamente lo que se refiere á otros. No hemos de ser escasos en referir

las vidas de los escritores, pues muchos hubo que fueron más ilustres por sus hechos que por sus escritos; y esas biografías son, al par que interesantes, indispensables para la Historia literaria, la civil y la eclesiástica, todas aún por escribir. No estarán de sobra, antes serán muy necesarios, los extractos de obras poco conocidas y dignas de serlo más. La bibliografía requiere grande esmero para que contente al gusto refinado de la época presente, y por el número de ediciones dé á conocer cómo fué recibida la obra, y si pasó á países extranjeros, por medio de traducciones. Mas lo que debe constituir el mérito capital del trabajo es la sana crítica, que asigne á cada uno su lugar, y no condene ni aplauda sin examen y sin justicia.

Quisiera, Señores Académicos, hablaros todavía de los pormenores de este plan, y señalar siquiera las fuentes principales en que hemos de beber nuestras noticias; pero sería abusar de vuestra bondad si os detuviera más tiempo. Solo quiero deciros, para concluir, que en la dilacion está el peligro, porque siempre y señaladamente en los últimos quince años, los libros que necesitamos consultar han ido y van pasando al extranjero. Día vendrá en que la Biblioteca de Escritores Mexicanos no pueda ya

escribirse en México, y suframos la humillación de recibirla de fuera. Y ¡ay del pueblo que confía su historia á manos extrañas, porque jamás podrá esperar justicia!»

Perdonad, Señores, la desmedida extensión de este discurso, en gracia de mi buen deseo. No tengo otro, os lo aseguro, que el de hacer ver que, si nó pretendemos ocupar uno de los primeros puestos en los dominios de la ciencia, tampoco aceptamos, con ánimo abyecto, el miserable rincón á que algunos quisieran relegarnos.

Octubre 1.º de 1878.



EL PADRE AVENDAÑO.

REYERTAS MÁS QUE LITERARIAS. RECTIFICACIONES
A BERISTAIN.

HUBO en México á fines del Siglo XVII un famoso predicador llamado D. PEDRO DE AVENDAÑO, de cuya vida y hechos nos da breve compendio nuestro bibliotecario Beristain. Sin haber logrado esclarecer el asunto tal cual deseábamos, algo podemos rectificar y poner de nuevo en aquel relato.

Pertenecía el P. Avendaño á una familia ilustre de Galicia. Fué su abuelo D. Fernando Suárez de Deza y Souza, Caballero de la Orden de Santiago, Señor del Valle de Tebra y su fortaleza, Almirante de Galeones y cuatro veces General de Flota, primer